

MARTINEZ, H. *osb*: *Había el amor. Selección y adaptación de textos de las obras de Sta. Gertrudis y Sta. Mectildis**. Subiaco Asociación cultural. Buenos Aires 1985, 190 pgs.

1. EL FENÓMENO DEL MONASTERIO DE HELFTA

Las benedictinas de la Epifanía han tenido el acierto de publicar esta selección de las obras de Sta. Gertrudis y Sta. Mectildis, realizada años atrás por su co-hermana Helena Martínez. La antología ordena los textos de acuerdo al esquema tradicional del encaminamiento ascético-místico: amor que purifica (vía purgativa), amor que ilumina (vía iluminativa) y amor que identifica (vía unitiva). En primer lugar se presentan siempre fragmentos del "Embajador de la Divina Piedad" de Sta. Gertrudis (designado con la letra L) y en seguida del "Libro de la gracia especial" de Sta. Mectildis (designado con la letra P); sin hacer diferencia entre los diversos libros de la obra gertrudiana, que no proceden todos de la misma pluma. El P. Agustín Costa *osb* escribió para esta edición una "Introducción histórica a la doctrina espiritual" de ambas místicas (7-11) que ayuda a recomponer un poco el marco de aquel extraordinario fenómeno espiritual que fue el monasterio de Helfta, Alemania, en el siglo XIII. En él conviven, en un clima de separación del mundo, oración, absoluta regularidad litúrgica y altas lecturas, un grupo de santas mujeres, que se destacan por encima de las religiosas de su época: Mectildis de Hackeborn († 1299) y su hermana, la abadesa Gertrudis de Hackeborn, que no hay que confundir con la misma Sta. Gertrudis o Gertrudis la Magna († 1302) y además Mectildis de Magdeburgo que en 1270, por consejo de su confesor el dominico Enrique de Halle, había ingresado al mismo monasterio, después de haber vivido treinta años como beguina (o simple "beata"). Esta última es autora del tratado místico "La luz desbordante de la divinidad". En el monasterio de Helfta se vivía según la Regla de san Benito, adoptando la disciplina y espiritualidad cisterciense, sin pertenecer jurídicamente al Cister y bajo la inmediata dirección espiritual de frailes dominicos. Todos estos elementos se detectan claramente, aunque genialmente entrelazados, en los escritos de ambas santas.

2. ELEMENTOS MONÁSTICOS DE LA ESPIRITUALIDAD DE HELFTA

Está en primer lugar el marcado cristocentrismo de esta espiritualidad,

* La recensión de este mismo libro se ha publicado en CC.MM. 79 (1986) p. 561.

que se manifiesta sobre todo en su devoción al Sagrado Corazón de Jesús (p. ej. pgs. 100, 101, 102, 140 y en muchas otras partes). Del costado de Cristo, es decir, de su Corazón, manaron sangre y agua, imágenes de la comunicación sacramental de la vida divina. El camino hacia Dios no consiste sino en disponerse a recibir esos dones del Corazón de Jesús, para por medio de ellos volver a entrar al fecundo costado de Cristo, es decir, a identificarse con su Sagrado Corazón (cf. por ejemplo p. 144): "Abri mi Corazón para que *entras* cuando por ti me dormí con sueño de amor al expirar en la Cruz". No hay para Mectildis y Gertrudis otra santidad que la identificación con la humanidad de Cristo (el "Corazón"), para acceder por medio de ella a la divinidad, y así, por ende, incorporarse a la "siempre tranquila Trinidad" (expresión frecuente en Sta. Gertrudis).

Así, pues, este cristocentrismo está abierto a dos ámbitos diferentes: una apertura "ascendente" por la divinidad de Cristo, que desemboca en la Trinidad y una apertura "descendente" por la humanidad de Cristo, que conduce a María, la Madre de Dios. También aquí se habla del "Corazón" de la Virgen. La espiritualidad de las dos místicas alemanas anticipa en varios siglos la devoción a los Sagrados Corazones (90-92).

Como segundo elemento monástico en la espiritualidad de Sta. Gertrudis y Sta. Mectildis se destaca un omnipresente sentido litúrgico. Esto ya lo había comentado profusamente Cipriano Vagaggini en su clásico "Sentido teológico de la liturgia". Las santas aluden continuamente a las fiestas litúrgicas (p. ej. 69, 98, 136, etc.), a las horas canónicas (p.ej. 70, 136, etc.); a letanías (pg. 138), antifonas (pg. 136), himnos y salmos (p. ej. 103, 110, etc.), responsorios (p.ej. 69, 127, etc.). Los coloquios íntimos con Jesús arrancan a menudo de un texto litúrgico (p.ej. 104, 105, 110) o se producen en medio del oficio divino (p.ej. 103-105). Se menciona que Mectildis "cantaba con entusiasmo" (76, 121), que Gertrudis "alababa a Dios con todas sus fuerzas (136). Sus visiones son generalmente en la liturgia y se nutren de ella. Sobre la misa dice Mectildis que "en ella está concentrado todo el misterio redentor" (79) y ambas santas practican y recomiendan la comunión frecuente (67, 80).

Pero hay numerosos otros indicios en los textos que comentamos, de que la Regla de san Benito era norma efectiva de vida en Helfta: se habla de la lectio divina (70-71), se recurre a la expresión "rumiar la Escritura" (162); el programa de noviciado es típicamente monástico (40); no llamar la atención por ninguna singularidad es un ideal que se puede apoyar en el octavo grado de humildad de la RB (83); como san Benito Gertrudis oraba antes de las viglias (176); se concede gran importancia a las observancias de la vida regular (41), más aún, se las considera condición previa e imprescindible a estados superiores de oración; hay una continua búsqueda de las virtudes y un análisis del vicio, al igual que en el monacato antiguo (49-50); el gozo de la unión con Dios es considerado como algo esencial de la vida monásti-

ca (139); el silencio es estimado imitación del silencio de Cristo (154), toda la vida en el monasterio es vista como una participación en la Pasión de Cristo, como ya lo afirma el Prólogo de la *RB* (183).

3. LA PASION DE CRISTO Y LA DEVOCION MEDIEVAL

Sin descontar el hecho del origen benedictino de esta idea de la participación en la Pasión, las santas quedan también marcadas en este punto por la impronta de las órdenes religiosas conventuales del siglo XIII, particularmente por la de los dominicos, tan influyentes en el monasterio de Helfta. Los frailes predicadores habían introducido en aquel siglo la devoción a la Pasión de Cristo en la celebración litúrgica y establecido la fiesta "de la herida del costado" en el viernes siguiente a la octava de Corpus, fecha en que después se celebró (y se celebra) la fiesta del Sagrado Corazón. Por consiguiente, nuestras santas ahondan en la humanidad de Cristo y en ese sentido están en la línea de la mística dominicana del siglo posterior. Sin embargo, Mectildis y Gertrudis no se detienen en un "dolorismo" observable a veces en la devoción de la tardía Edad Media, sino que ven la Pasión de Cristo siempre en unión con la gloria (p.ej. p. 106). Más aún en ellas el tema de los sufrimientos del Redentor se une con el misterio nupcial, ya que la Pasión es una manifestación del amor redentor y la meditación de la Pasión lleva al amor (106). En la descripción nupcial de la Pasión de Cristo las santas llegan a usar imágenes extremadamente audaces (p. ej. 140, 141, 144, 178). También la parábola de las vírgenes prudentes es revivida por Gertrudis a la luz del misterio nupcial (137).

4. LA EXPERIENCIA MISTICA

Así como la Pasión desemboca en la Resurrección, así la participación en la Pasión por medio del amor desemboca en la gloria de la identificación con la divinidad, es decir, en la gracia mística. La luz del Tabor sirve para ilustrarla (p. 151). Esta luz es breve en el tiempo (74); y Gertrudis cita a san Bernardo para explicar esta brevedad; pero sobre esto ya había escrito san Gregorio Magno. La gracia de la iluminación y unión, afirma Gertrudis, se realiza "en el conocimiento de sí misma y la presencia permanente y cada vez más acentuada del Señor como Esposo que la colma de felicidad" (150). Pero hay en Gertrudis muchas otras formas de describir esta experiencia de "alegría en sosegado-reposo" (149).

5. EL PROBLEMA DEL LENGUAJE

Para describir aquellas alturas místicas, indudablemente el lenguaje hu-

mano se torna insuficiente y esto es particularmente notable en los escritos que comentamos. En efecto, muchas veces este intento de aproximarse a lo inefable por medio de palabras e imágenes, más que favorecer la comprensión, la obstaculiza. Así nuestras santas recurren con exceso a los superlativos y a adjetivos que expresan dulzura o suavidad, en un grado que llega a ser irritante y por último torna pesada la lectura. Coincidimos con el P. Costa en la apreciación que emite hacia el final de su introducción, en el sentido de que las monjas de Helfta se expresan "en un lenguaje difícil y para nosotros quizás afectado" (p. 11). Nos daremos el trabajo de enumerar algunas de estas expresiones "molestas" más frecuentes: "suavísimo deleite", "dulcísima bondad", "dulcemente resonaba", "rosa inefable", "suavidad de la divina gracia", "generosísima liberalidad", "maravillosamente agradable", "amorísima afabilidad", "suavísimos deseos y variados afectos", "balsámico perfume", "suavidad maravillosa", "incomparable dulzura", "inefable gloria", "inefable gozo", "regalada suavidad", "delicias inefables", "santísima mirada", "florido esposo", "tenue y suavísimo céfiro", "deleitosa suavidad divina", "amable y dulcísimo amador", "suavemente conmovida", "regaladísimo susurro", "entrañable afecto", "derretida de amor", etc.

Enseguida nos damos cuenta de que lo que las santas han querido comunicarnos es "traducción" de una realidad doblemente "difícil": 1. difícil por representar experiencias a las que no todo el mundo accede, en otras palabras, experiencias que no son compartidas sino por los místicos; 2. difícil, por resistirse a la expresión en palabras humanas. Sin embargo, haciendo un esfuerzo, se capta que hay dos elementos predominantes en estas aparentes "glucosidades" de Mectildis y Gertrudis: el elemento "gozo" (incluso "goce") y el elemento "amor", con la connotación de "escondido". Ahora bien, ello corresponde plenamente a lo sentido y expresado por el apóstol Pedro en el monte Tabor: "¡Qué bien es estar aquí! Hagamos tres tabernáculos, uno para ti y otro para Moisés y Elías!" (Mt 17,4).

Pero demos un paso más: indudablemente, por más altos que sean los misterios que se trata de "traducir", hay imágenes, metáforas y palabras más acertadas que otras. Y en ese sentido una santa Hildegardis, y más aún una santa Teresa de Jesús, tienen un lenguaje menos dulce y más vigoroso. En la expresión de la experiencia mística también entra en juego el factor poético. Para traducir lo "inefable" se requiere talento literario y no es necesario que todos los místicos tengan este talento o lo tengan en igual grado. La cumbre de lo deseable es cuando se une la santidad con el don literario, como es el caso de santa Teresa y san Juan de la Cruz y, en grado menor, santa Hildegardis. En cambio, en las místicas de Helfta este don de la expresividad literaria —sin que ello afecte la autenticidad y calidad de su experiencia mística— no es tan descollante. De allí la "dificultad" de una lectura, que a ratos, hasta resulta empalagosa.

La edición de las benedictinas de la Epifanía, por su carácter divulgador, ayuda a superar en buena medida esta dificultad. Pero el lector acucioso puede hacer más aún: no sólo leer —y a sorbos— estos admirables textos, sino volver á leerlos más de una vez, dejando que estos apotegmas místicos nos impacten por sí mismos (¿Estamos o no estamos dispuestos a sacrificarnos un poco para comprender mejor la experiencia mística de nuestros santos?).

Y entonces se abrirá poco a poco la puerta del huerto cerrado de Helfta y comprenderemos algo de este ambiente monástico tan especial, en que se vivía la vida monástica ante todo como encaminamiento a la experiencia mística; en que lo más decisivo de la vida humana se veía siempre en la relación y amistad con Dios; en la apertura a las “maravillas de la gracia”, entre los altibajos de la aflicción y del consuelo, con una delicadeza nupcial entera, con anhelos vehementes de identificación de la amada con el amado, participando por la oración continua de la omnipotencia de Dios, mereciéndolo, en fin la transverberación del corazón con aquella saeta que sale del costado del Crucificado para “tornar insípidas todas las cosas transitorias, para hacer anhelar la medicina de la unión con El, para arrancar finalmente el alma del cuerpo y sumergirla en los torrentes de la Divinidad” (123-125).

Monasterio de San Benito de Lliu-Lliu
Cas. 501 — Limache — Chile

Mauro MATTHEI, osb